

DECLARACIÓN DE MEDELLÍN, COLOMBIA

La Asamblea General de Ciudades del Centro Iberoamericano de Desarrollo Estratégico Urbano, CIDEU, se ha reunido los días 3, 4 y 5 de Abril del año 2014 en la Ciudad de Medellín, Colombia, para intercambiar experiencias y conocimiento sobre el tema:

Ciudades para la vida.

Tras las intervenciones y debates que han protagonizado los ponentes y participantes de las ciudades asistentes de la red, esta Asamblea General,

DECLARA

Que nuestras ciudades creen en la necesidad y oportunidad de actuar con una agenda global para mejorar la calidad de vida de la ciudadanía. Lo decimos desde Medellín, una comunidad amante de lo local, que estuvo encerrada por sus montañas pero que en el siglo XX empezó a desarrollar proyectos para modernizar su estructura urbana y productiva al punto que hoy es reconocida en el mundo global como referente de innovación, aunque sin perder su identidad. Todas nuestras ciudades sufren conflictos muy propios, pero que hoy están necesariamente vinculados al mundo global del que somos parte y sobre el cual queremos incidir.

Que a partir de los retos y las respuestas que a estos se ha dado, que también nosotros hemos vivido y nos han motivado a venir hasta aquí, hemos tomado conciencia de la necesidad de compartir experiencias, de la importancia del aprendizaje continuo y de la búsqueda de caminos de desarrollo y progreso, a pesar de las dificultades. Como lo hemos podido comprobar en tantas ocasiones, el buen gobierno y la sociedad participante son claves en la construcción de capital social y de gobiernos transparentes es una tarea ineludible. Ciudades en las que la mirada de mediano plazo permitirá darle continuidad a los proyectos portadores de futuro, por encima de los cambios de los gobiernos.

Que nos hemos propuestos construir y compartir proyectos, que aúnen las grandes obras, infraestructuras y equipamientos, con una ciudadanía en la que el empeño, la dedicación y la fortaleza permitan alcanzar los propósitos de quienes le ponen el alma a la ciudad. El desarrollo de nuestros proyectos de transformación urbana permite fortalecer los valores propios de la convivencia social, debilitados en su momento por las actitudes hostiles, las prácticas agresivas y el trato vandálico al equipamiento urbano y al espacio público.

Nuestras ciudades, que son capaces de crear riqueza y oportunidades, producen y sufren también pobreza y desesperanza, generando conflictos que solo podremos resolver a través de discursos y prácticas inclusivas, basadas en el reconocimiento de la igual dignidad de todos los seres humanos. Aún no hemos sido capaces de construir un modelo alternativo dirigido a la mayoría de los pobladores que han estado excluidos por siglos de los bienes y servicios necesarios para alcanzar una vida digna. Es por ello que nuestro continente

latinoamericano es considerado el más inequitativo del mundo; revertir esta situación es tarea prioritaria de gobiernos y sociedad.

Que damos fe del coraje con el que en esta ciudad, han defendido la vida, la esperanza y la alegría miles de jóvenes de organizaciones culturales, artísticas y educativas surgidas de las propias comunidades. Muchos de ellos por desgracia, han muerto o han sido privados de su libertad. El nuestro, es un continente joven en el que desafortunadamente son ellos los que sufren con mayor rigor de condiciones de vulnerabilidad. Las ciudades en las que ya se concentra un poco más de la mitad de la población de nuestros países, tienen un enorme reto frente a esta situación, lo cual significa darles una esperanza de futuro.

Por todo lo cual, esta Asamblea General,

ACUERDA

Proclamar y defender la necesidad de nuestras ciudades de definir algunos proyectos como estratégicos, y por ello, capaces de asegurar el buen vivir de la ciudadanía a medio plazo, salvando la discontinuidad de los sucesivos gobiernos municipales. Para ello será preciso mejorar la cultura del acuerdo, pactar compromisos con la ciudadanía, y mejorar la gobernanza para poder concretar esos proyectos que nos deben llevar al medio plazo.

Cultivar el valor de la solidaridad, produciendo un profundo cambio cultural relativo al pago de impuestos para asegurar el buen vivir de todos los pobladores. Este proceso se debe compaginar con el manejo transparente y eficiente de los recursos públicos por parte de las administraciones y con la participación de los actores en la toma y seguimiento de las decisiones.

Denunciar la vida urbana que centrada en el individualismo, la pérdida de lazos comunitarios, el desinterés por el futuro y el abuso de los recursos naturales, olvida la construcción de una humanidad con un destino común. Las políticas urbanas deben asegurar la vida en equidad y justicia social y proteger los bienes planetarios de tal manera que en nuestras ciudades podamos hablar también de una ciudadanía plena y solidaria.

Garantizar la vida en un entorno protector sin miedos ni amenazas, en el que la vida no solo sea respetada sino protegida para que pueda florecer en plenitud. Para ello, junto a la seguridad que esperamos de la fuerza pública dotada con capacidad de coerción efectiva, propiciamos, una seguridad mas profunda fruto de la confianza y la empatía hacia los demás, la preocupación por el otro y la corresponsabilidad. Lo anterior precisa de programas y políticas sociales para la satisfacción de las necesidades básicas (vivienda, empleo, salud y educación) que dan cuenta de la identidad de una ciudad para la vida.

Abordar con estrategias adecuadas, al menos cuatro formas de exclusión de largo y penoso alcance. Los asentamientos informales existentes que exigen la formalización y la aplicación de estrategias preventivas del crecimiento

disfuncional de la ciudad, evitando el mercadeo de la pobreza y generando suelo social como primer referente de inclusión urbana. Los espacios obsoletos, degradados por el tiempo pensados para funciones inadecuadas que degradan y dejan inacabada la ciudad y debilitan su competitividad; mediante su incorporación a la vida urbana por procesos de renovación. El comercio informal y tantas formas de economía sumergida que la ciudad inclusiva debe integrar en la vida económica y legal. Por fin, la ciudadanía excluida, (colectivos vulnerables, niños, jóvenes, ancianos, personas en condición de discapacidad y las mujeres) a quienes ha de facilitárseles el acceso compartido a los beneficios de la vida social, política y económica urbana.

Señalar la educación como primera oportunidad para el desarrollo. Para ello, las ciudades trabajamos para extender la educación como clave para consolidar la democracia, reducir la brecha digital, mejorar el proyecto profesional personal, reconocer y defender los derechos humanos y comprender y mejorar la realidad y la convivencia. Hacer ciudades educadoras y educadas genera estructuras sociales horizontales y más posibilidades de movilidad social. El sistema educativo del nivel básico al superior, optimiza la capacidad pedagógica del espacio público, facilita el aprendizaje de artes y oficios y diseña escenarios para la convivencia e interacción, que al permear la ciudad dan lugar a prácticas sociales equitativas y humanizadoras.

Apoyar los procesos de socialización que la familia, la educación y el vecindario asumen como agentes socializadores responsables de la formación en valores. Son pues el resultado de la interacción social, política y moral y deben permear todos los proyectos urbanos. En la ciudad con alma, los habitantes se comprometen, y desarrollan valores para enfrentar sus problemas, transformar las condiciones adversas y potenciar sus fortalezas mediante la construcción social de conocimiento, la innovación social, el debate público y la alianza entre actores.

Reconocer en el empleo una necesidad para que los jóvenes se inserten productivamente en el mundo social y puedan desarrollar un proyecto de vida digna. La capacidad emprendedora y para innovación, la responsabilidad, la disciplina, la creatividad, la asociatividad, el esfuerzo y el compromiso, son valores asociados al empleo que deben ser promovidos con el fin de favorecer la inclusión, el ascenso social, en fin, la construcción de una sociedad equitativa. Para promoverlo, las ciudades deben definir y aplicar estrategias para identificar las fortalezas locales, aprovechar las oportunidades y producir soluciones que puedan ser incorporadas al mundo global.

Fomentar la solidaridad entre los pobladores como un valor necesario para enfrentar el mundo global. Estos tiempos marcados por la competencia, obligan a instaurar los valores del asociamiento y la cooperación, en el ámbito de lo moral como defensa de los intereses de lo más vulnerables. Los valores son los censores de la inteligencia urbana, de modo que las ciudades que los promueven aprenden a pensarse y a caminar hacia un futuro previsto con la participación de todos los actores.

Rechazar la corrupción como factor generador de pobreza social. Vemos la corrupción como un cáncer que puede afectar cualquier ámbito de la vida urbana. La lucha contra ella debe ser radical e incluir los intereses y complicidades entre corruptos y corruptores; debe también aislar socialmente a los corruptos y formar una opinión pública contraria a estas prácticas. Hay que revalorizar las experiencias honestas y eficientes de gestión de la cosa pública, frente a la idea tan extendida, de la superioridad de la gestión privada frente a la corrupción de la gestión de la cosa pública.

Reconocer como el factor de inequidad urbana más evidente, la situación de pobreza. Durante la Cumbre del Milenio del año 2000, los países se comprometieron a crear a nivel nacional y mundial, un entorno para favorecer el desarrollo y la eliminación de la pobreza, de modo que se pudieran alcanzar los ocho objetivos trazados con metas específicas al año 2015, que ya se sabe, no serán alcanzados. Este esfuerzo puso de manifiesto la necesidad de establecer un nuevo orden mundial, coherente con los requerimientos y expectativas de la población. Para avanzar en esta dirección vamos a medir los índices de desarrollo humano (IDH) de nuestras ciudades y a comprometernos en que los indicadores más dispares queden dentro de cosas aceptables para el mundo global.

Invertir recursos en la formación de una ciudadanía crítica e ilustrada, de tal manera que surja una opinión pública activa y responsable que nutra la reflexión permanente sobre los asuntos de la ciudad. Para ello, es necesario recurrir a las tecnologías emergentes que propicien la circulación y el debate a gran escala, con el fin de democratizar la información y las prácticas ciudadanas mediante la utilización de las redes sociales.

Respaldar la propuesta presentada por la ciudad de Medellín, al XXI Congreso del CIDEU y al WUF7, sobre la creación de una plataforma internacional de soluciones urbanas que trabaje en red, de forma colaborativa, innovadora y solidaria, con diversos actores que en el campo internacional, trabajan a favor de un desarrollo urbano integral.